

Ojos, corazon y brazos
Alza y le rinde el tributo
De gratitud. Y en seguida
«Mirad,» les dice á los suyos,
Enseñándoles el monte
Con noble y triunfante orgullo.
La chusma que ve la tierra,
Que ve el fin de tantos sustos,

Y en aquel piloto un ángel,
Convierte la rabia en culto.
Y arrojándose á sus plantas,
Del entusiasmo al impulso
Grita, y acordes repiten
Cielo, tierra y mar profundo:
Viva Colon, descubridor de un mundo.

Gibraltar 1837.



UN EMBAJADOR ESPAÑOL

ROMANCE PRIMERO

En Merino y Terracina,
Que dominios son del Papa,
Entra aquel Cárlos octavo
Rey orgulloso de Francia.

Los fuertes castillos toma,
Los campos fértiles tala,
Incendia los caseríos,
Los templos santos profana.

Y en el furor se complace
Con que sus hombres de armas
Como furibundas fieras
Roban, destruyen y matan.

Así cumple los tratados
Que celebró con España,
De defender á la Iglesia
Y de acatar la tiara.

Así el juramento cumple,
Que de San Pedro en las aras
Prestó sobre el Evangelio
En terminantes palabras.

Así al acto corresponde
Que con humildad tan falsa
Hizo en público, besando
Del Pontífice las plantas.

Así el nombre verifica,
Que tomó, para burlarla,
De fiel hijo de la Iglesia
Y defensor de su causa.

Los vasallos infelices
Del Padre Santo, que hallan
Exterminio ó servidumbre
En quien amparo esperaban;

Y que en la paz adormidos,
Y en la ciega confianza
Que los tratados infunden
Y da una régia palabra;

Ni pueden hacer defensa
Ni en ella salud hallaran,
Que numerosas y fuertes
Son las fuerzas de la Francia;

Y á merced de sus guerreros
Dejan haciendas y fama,
Sin quedarles más recurso
Que lágrimas y plegarias.

Lágrimas que el duro pecho
De Cárlos feroz no ablandan,
Plegarias á que responden
Insultantes carcajadas.

Del Pontífice un legado
(Porque un legado acompaña

TOMO II

Para más escarnio y burla
Al rey que á la Iglesia ataca)
Inerme, abatido, humilde,
A Cárlos ruega y demanda
Que á su ambicion ponga freno,
Que coto ponga á su audacia.

Si no por respeto al pacto
Celebrado con España,
Si no por guardar solemnes
Juramentos y palabras,

Por cumplir como cristiano
Y para salvar su alma,
Y por temor á lo ménos
De la divina venganza.

Pues Dios es juez de los reyes,
Y su mano sacrosanta
Rompe coronas y cetros,
Solios é imperios allana.

Con risa infernal escucha
Y burladora arrogancia,
Las justas reconvenciones
El obcecado monarca,

Cuando de Borbon el Duque,
Gran condestable de Francia,
Del venerable legado
Reproduce las demandas;

Y con muy cristiano celo
Y la autoridad y pausa,
Propia de su cuna ilustre,
Propia de sus nobles canas,

Mas con todo el miramiento
A la debida distancia,
Que entre rey y entre vasallo
Dios mismo establece y marca,

Le repite las razones
Que de pronunciar acaba,
El digno representante
De la ofendida tiara,

Insistiendo en que recuerde
Que los tratados quebranta
Que firmó solemnemente
En Perpiñan con España.

De tan noble personaje
Tampoco consiguen nada,
Con el orgulloso Cárlos
Razones, ruegos, plegarias;

Pues con desabrido gesto
Y con burladora rabia,
Que no recuerda, responde,
De cuanto le dicen, nada.

ROMANCE SEGUNDO

Don Antonio de Fonseca,
Caballero de alta ley,
De los católicos reyes
El noble embajador es,
Que al rey de Francia acompaña
Y le sigue por doquier;
Y avisado por el Duque
Viene en el momento aquel.

Preséntase con modestia,
Pero con el rostro, que
Cara de pocos amigos
Llama el vulgo, y llama bien.

Al verle con fatuo orgullo
El cristianísimo Rey,
Que da al vicario de Cristo
A gustar vinagre y hiel,

Con miradas de desprecio
Y con gesto de altivez,
«Oh caballero, le dice,
Llegais en buen hora, pues

»El venerable Legado
Me habla, y el Duque tambien,
De un tratado con España,
Que lo que encierra no sé.»

«Señor, responde Fonseca,
¿Cómo ignorarlo podeis,
Cuando en Perpiñan, vos mismo
Pusisteis la firma en él,

»Y debajo el régio sello
Puso vuestro canciller?...
Mas puesto que lo olvidasteis,
Escuchadme, os lo leeré.»

Y sacando de su seno
Un abultado papel,
Con respeto y con firmeza
Fonseca empezó á leer.

Cuando un artículo habia
Favorable al interés
De la corona de Francia,
Exclamaba al punto el Rey:



«Es muy válido, recuerdo
Que en Perpiñan lo firmé.
Ese artículo, Fonseca,
Os ofrezco mantener.»

Pero cuando otro escuchaba
Interesante tambien
O al decoro de la Iglesia
O de Castilla al poder:
«Dadme el tratado, decia,
Dádmelo, Fonseca, pues
Si eso firmé lo desfirmo,
Que enmendar un yerro es bien.»

Y las cláusulas borrando,
Con menosprecio y desden
El pliego le devolvía
Diciendo: «Seguid, leed.»

Al fin llena la medida
Del sufrimiento cortés,
Don Alonso de Fonseca
No se pudo contener,

Y: «Rey de Francia, prorumpe,
Si mofaros pretendéis
De mí, que soy caballero,
De mi patria y de mi Rey,

»Vive Dios que á tolerarlo
No estoy yo dispuesto; y pues
Borrais lo que no os conviene,
Borro y anulo tambien

»Lo que es á vos favorable,
Rompiendo el tratado, ved.»
Y desgarrando valiente
El respetable papel,

Tiró los rotos pedazos
Del rey de Francia á los piés,
Y calándose el sombrero
Sin hacer vénia se fué.

Y con la mano en la espada
Atravesando un tropel
De alabardas y ballestas
Salió del campo francés.

LA BUENA-VENTURA

ROMANCE PRIMERO

LA CITA



Lumbreras de un lindo rostro,
Vivaz, gracioso y moreno,
De las cercanas paredes
De un edificio frontero,
En cuyos sillares blancos
Daba la luna de lleno,

Descubriendo tres balcones
Con barandales de hierro,
Debajo dos rejas grandes
No muy lejanas del suelo;
Y cerrada una ancha puerta,
Sobre la que tiene asiento
Un noble escudo de mármol
Guarnecido de arabescos.

La anchura de aquella calle,
En realidad corto trecho,
Era espacioso teatro,
Mejor diré, campo inmenso
De fantásticas escenas,
De mil extraños sucesos,
Indecisos y confusos
Como figuras de un sueño,
Que claramente veía
La imaginacion de fuego,
Y la mente arrebatada
De aquel gallardo mancebo.

De Salamanca las ciencias,
Los doctores y los ergos
Que atrás deja, ve delante,
Y su pobre hogar á un tiempo.

Y ve los campos de Italia,
Aunque nunca estuvo en ellos;
Mas á do quiere ausentarse,
De ambicion de gloria lleno;

Y ya se juzga soldado,
Y ya se halla en los encuentros,
Y mira reyes cautivos,
Y ve ejércitos deshechos;

Y naciones conquistadas,
Y á sus piés tronos y cetros,
Montes de oro y de laureles,
Anchos mares, mundos nuevos:

Y todo lo ve, que todo
Cuanto abraza el pensamiento
Lo ven, y lo ven palpable
Las almas de privilegio.

Era en punto media noche,
Y reinaba hondo silencio
De Medellín en la villa,
Sumergida en dulce sueño.

Desde un trono de celajes
Nacarados y ligeros,
Cándida, apacible luna
Brillaba en el firmamento:

Sobre el pardo caserío
Derramando sus reflejos,
Como sobre los sepulcros
De un tranquilo cementerio.

Y en una desierta calle,
Donde sus claros destellos
Una mitad alumbraban,
La otra en sombras confundiendo,

Estaba en la parte oscura,
Receloso y encubierto,
Un noble jóven gallardo,
No muy alto, aunque bien hecho.

Ropon y loba vestía,
El uno y el otro negros,
Traje propio de que usaban
Escolares de aquel tiempo.

De su cintura pendía
Una espada de Toledo,
Y un laud con ambas manos
Apretaba contra el pecho.

Los ojos no separaba,
Vivos, rasgados, de fuego,